FARO DE VIGO
Sábado, 3 de marzo de 2012

La última corrección de Carlos Casares

Diez años después de la muerte del autor, la editora de "Cuentos gallegos" describe la peripecia de su relato incluido en el libro que ahora publica la Diputación de Pontevedra

Magdalena Aguinaga Alfonso*

Estando en Toronto en 2001 como asesora técnica del Ministerio de Educación de España y directora de un Centro de Recursos de Español, recibí una invitación de la editorial Castalia, Colección Prima, para llevar a cabo una edición de *Cuentos gallegos* escritos en castellano o traducidos, dado que dicha edición iba a ser publicada en aquella editorial para el ámbito español. Esta edición se insertaría en una serie de títulos dedicados al cuento y de hecho ya se publicaron algunos de ellos: *Cuentos madrileños*, *Cuentos extremeños*, *Cuentos de cine*, etc. A ella seguiría la colección de *Cuentos gallegos*. De ahí que apurada por el plazo de un año para entregarla, busqué una serie de autores representativos que cubrieran un amplio marco de la literatura gallega desde Rosalía de Castro hasta la actualidad, concluyendo con Manuel Rivas.

Entre los seleccionados pensé incluir un cuento de Carlos Casares, dada su reputación tanto como escritor gallego como por su carácter representativo en el mundo de la cultura gallega, al haber sido nombrado el miembro más joven de la Real Academia Galega en 1977. A esta elección se añadía el haber trabajado junto con Ramón Piñeiro en la Lei de Normalización Lingüística y en la creación del Consello da Cultura en 1983, del que fue Presidente desde 1996 a 2002, y el haber sido director de la editorial Galaxia (1986-2002) y de la revista Grial.

Desde una perspectiva más personal, me interesaba además su vinculación con el mundo de la enseñanza, al haber iniciado su trabajo como profesor de Enseñanza Media en Cangas de Morrazo en 1974, que precisamente sería mi primer instituto años más tarde, y posteriormente mantendría su plaza, en excedencia, en el de Santo Tomé de Freixeiro de Vigo hasta su fallecimiento. Otra curiosa coincidencia, ya posterior a la mencionada elección de este autor, era que mi antiguo instituto Meixueiro -a mi regreso de Canadá- había sido cambiado por el de "Carlos Casares". He aquí, por tanto, mi deuda con un escritor que -aunque orensano- estuvo afincado en Vigo como profesor. Nuestros destinos se iban entrecruzando sin habernos conocido personalmente. Sin embargo guardo como oro en paño el breve escrito de Carlos Casares, precisamente una semana previa a su repentino fallecimiento. Una escueta nota dice "Excelente traducción" de su puño y letra, dándome su aprobación para la traducción al castellano de su cuento Cando cheguen as chuvias, incluido en el libro Vento ferido, realizada por Luz Pozo Garza, amiga de ambos y colega de Carlos Casares en la Real Academia Galega.

He aquí su último testamento para esta edición, que tras muchos avatares y andanzas desde su origen, será finalmente publicada este mes de marzo, como primera edición digital por el Archivo de la Diputación de Pontevedra, al cumplirse el 10º aniversario del fallecimiento del escritor. Al ser el último cuento de un total de 15 correspondientes a 10 autores, pensé que fuera en versión bilingüe, castellano-gallego a modo de colofón. De este modo, sin haberlo previsto, resultó que el cuento de Carlos Casares vino a ser el broche de oro de esta prometeica edición. Con él, deseo conmemorar el décimo aniversario de su repentina muerte en plena actividad intelectual y creativa. Al insigne y polifacético profesor, académico, político, ensayista, narrador, biógrafo, articulista e incluso autor de piezas de teatro infantil y traductor de *O principiño* del francés Antoine Saint-Exupery (1983), *Os escaravellos voan á tardiña* (1989) de la sueca Maria Gripe y *O vello e o mar* (1998) del norteamericano Ernest Hemingway, dedico este artículo como homenaje de su colega en las lides de la enseñanza y desde el Instituto que lleva su nombre. Reproducimos la traducción al castellano de su cuento *Cando cheguen as chuvias* como un anticipo de la próxima publicación digital. En *Cando cheguen as chuvias*, Casares trata el tema trágico de un asesinato en un bar, porque un vecino anónimo insulta a Ruco y éste, en un arrebato de cólera, lo mata, mientras suena la música a modo de leitmotiv "cando cheguen as chuvias, meu amor, ¿qué faremos?".

Carlos Casares. // R. Grobas

Sin haberlo previsto resultó que el cuento de Carlos Casares vino a ser el broche de oro de esta prometeica edición

*Doctora en Literatura Española y Catedrática de Lengua Castellana. Profesora del instituto "Carlos Casares" de Vigo

Cuando lleguen las lluvias*

CARLOS CASARES

Cuando lleguen las lluvias, amor mío, ¿qué haremos? La están tocando ahora. Él cierra los ojos y ve a las parejas que se mueven en silencio, lentamente, llenas de la tristeza de esta melodía lenta que se va metiendo, metiendo hasta que se sienten las cosquillas en los riñones y después en la nuca. Cuando lleguen las lluvias, amor mío, ¿qué haremos?

Hoy hizo calor. El está en mangas de camisa.

Pasó la mañana de bar en bar. En la taberna del Tegrán dijeron de asar unos chorizos. Fue cosa del Ruco.

Eran cinco y bebían.

–Tino...

–Qué...

–Tienes cara de conejo.

–¡Bah!

–Cara de conejo reventado.

Él, ahora, llora. Ya no sabe si es por la música. Cuando lleguen las lluvias, amor mío ¿qué haremos? Terminó la canción.

No sabía beber. Siempre nos armaba el follón. Siempre por culpa de él. Siempre faltando. Yo se lo dije muchas veces: mira Ruco, que me estás faltando. Pero él vuelta con que tienes cara de conejo, yo, que me estoy cansando, él, que no me importa, yo, que te va a pesar, él, que no tengo miedo a ningún cagado, yo, que no me toques y él venga a darme con la mano así, que me duele mucho y que me pone los nervios fuera de sitio.

–Tino...

–Qué...

–Te voy afeitar con esta navaja.

–Estáte quieto que me estoy cansando.

Que te voy a afeitar con esta navaja, que te estés quieto, que te quiero afeitar, que te estés quieto, que no te lastimo, que te estés quieto que me vas a hacer daño, que no te hago daño, que me estoy cabreando, que eres un cagado.

A mí las navajas me ponen malo. Desde una vez que, siendo niño, me peleé con un gitano en el río. El había sacado una navaja y me hacía así, como que me la quería clavar en los riñones.

Sintió un escalofrío en la cintura.

Le pegó un empujón y lo mandó contra el mostrador. Y el Ruco salió corriendo hacia la puerta. Se paró en medio del bar, dio tres pasos de borracho, llevó las manos al pecho y cayó redondo. El cuerpo batió en el suelo –pof– y se estremeció todo. Después sacudió las piernas dos veces y quedó ya como una piedra. Poco a poco, en la parte izquierda de la camisa le nacía un botoncillo de sangre.

Él recuerda todo.

Cuando vió al Ruco en el suelo, sintió un calor que le iba subiendo por la garganta hasta llenarle la boca y secarle la lengua. Oyó los gritos de la gente, la música, el frenazo de un coche que le pegó con el guardabarros en un muslo. Hubo un momento en que pensó que no iba a llegar a la Comisaría. Se apoyó en un hombre y tuvo miedo de morir allí, en la calle, bajo aquel sol que llenaba el aire con una luz rara. ¿ Olvidaría algún día la cara blanda de aquella mujer que le había dado una copa de coñac, en un café cualquiera, cuando se mareó?

Por delante de la cárcel pasa un perro. Anda unos pasos y se queda sólo su sombra que se mueve, deforme, en el poco de calle que se ve desde aquí.

Son las tres de la mañana y la orquesta toca por tercera vez en la noche, cuando lleguen las lluvias... Debe de haber mucha gente en el baile. Hace calor. Solamente se escucha la música que llega desde la plaza.

Un coche pasa corriendo por aquí delante y se para casi de repente. Aunque se sacara la cabeza por la reja, no se llegaría a ver.

Amor mío, ¿qué haremos?

Taconea una muchacha y se cierra con fuerza la puerta de un portal. El coche arranca otra vez.

El taconeo, el perro, el coche, le ponen la piel de gallina y lo llevan lejos, solo un momento, solo, a otro tiempo, lejos. No sabe. Es como cuando sin saber por qué, recuerda una cara, un olor, la sombra de un pino.

Mañana será diferente.

Pasea.

¿Por qué le sube a la memoria la fiesta del año pasado? Le suben todas las fiestas de siempre, que quedarán lejanas, vacías, para ser pensadas sobre una cama en una tarde de lluvia y tedio.

La orquesta dejó de tocar. Las voces de la gente van creciendo, se van acercando hasta hablar aquí mismo, al pie de la cárcel. Alquien dice:

–Vamos a bañarnos.

Le responden:

–Tú estás loco.

–A que no eres hombre de venir...

–Anda, camina...

El silencio canta en los oídos hasta que aparece el silbido de un hombre que va a cruzar por ahí enfrente. Ahí está, parado, con una vara en la mano, apoyado en las puntas de los pies, apagando las luces de colores. Apaga y se va y sigue silbando.

Ya no se oye nada.

Nada.

Una ráfaga de viento mueve unos papeles en la calle.

*(Versión al castellanode Luz Pozo Garza)